

# EDITORIAL

## ¿Dónde está el delito?

Cuando, llegados a las postrimerías del 2005, temas económicos de que ocuparse no faltan -la cumbre, celebrada en Hong Kong, de la Organización Mundial de Comercio, la del Consejo de la Unión Europea, en Bruselas, la reciente información del Gobierno sobre la tasa de inflación y ¡hasta las elucubraciones sobre los posibles efectos de una hipotética aprobación del ya manoseado Estatut de Cataluña!-, sorprende que un Presidente de Ausbanc haya llenado una página de su informativo dirigido a los Usuarios de Servicios Bancarios con la mayor sarta de desatinos que alguien podría imaginarse.

Opine el lector sobre algunas de las frases que utiliza este personaje, que no tienen desperdicio:

-«Existen estudios que aclaran que la producción industrial de pollos contenidos en inmensas naves es proclive a la aparición de nuevas enfermedades...»

-«El grano que ingieren para convertirlo en carne podría ser comido directamente por los humanos»

-«Los detritus que ocasiona este sistema no se limpian durante meses, provocando una contaminación altísima».

-«La calidad nutricional está claro que no es precisamente excelente y la avaricia de estos productores puede llegar al delito».

-«Lo primero que tienen que hacer es indemnizar a los que sufrieron la ingesta de pollo con salmonela de forma rápida y contundente».

-«Los pollos en libertad se hacen de forma natural más resistentes que los que habitan naves insufribles y tendentes a la enfermedad».

En fin, ¿para qué continuar?. Nosotros, en nuestra candidez, nos preguntamos en dónde puede hallarse el delito, si en nuestra «avaricia» -léase la de las empresas, de los criadores y la de todos los que, de una forma u otra, estamos inmersos en el sector del pollo-, o bien en la de un personaje -por llamarlo de alguna forma- que, sin informarse debidamente, se dedica a hacer tales disquisiciones, tan falsas algunas como hilarantes otras -¿se imagina alguien que el grano de los pollos, maíz, cebada o lo que sea, lo tuviese que comer "directamente" el hombre.

Nosotros, también, optimistas por naturaleza, pensábamos que el catálogo de disparates se había agotado ya en los meses pasados, después de ver todo lo que se llegó a exponer en los medios de comunicación sobre los efectos de la "temible gripe del pollo" que, a nivel al menos de los países de la

Europa meridional -¡y miren Uds. lo lejos que ésta se halla del Sudeste asiático!- ha ocasionado la mayor «dèbâcle» que ha experimentado jamás este sector. Pues bien, por lo visto nos habíamos equivocado... pero es que no contábamos con que la estulticia humana no tiene límites.

Y si nos hemos permitido citar a la cumbre de la OMC al principio es para mostrar nuestra preocupación no tanto por las manifestaciones del citado personaje, cuyo nombre desearíamos dejar en el olvido, sino por las implicaciones que lo que se ha debatido en la misma pueda tener para todos, tanto para el productor avícola como para el consumidor en general.

Lo malo es que si por el lado de nuestra reducida Unión Europea -pese a sus 25 socios actuales- ya hay discrepancias considerables en los presupuestos generales -véase la PAC, el sobado «cheque británico», etc.-, ¿qué no habrá en una OMC que trata de armonizar los intereses de un norteamericano, con un producto industrial bruto «per cápita» de 40.100 \$, con los de un habitante de Mali, con un PIB de 900 \$?.

El tema, a tenor tan solo de lo comentado en la prensa de mediados de diciembre, daría para mucho, siendo muy discutible la petición del Director General de la OMC, Pascal Lamy a los representantes de todos los países reunidos de que «sean valientes y tengan la mente abierta para evitar el fracaso de las negociaciones sobre la liberalización comercial». Pues aunque bien sabemos que esto sería lo ideal tal vez para algunos -China, por ejemplo-, no creemos que la liberalización a ultranza sea la panacea universal, estando de acuerdo con el comentario que sobre el tema exponía en «La Vanguardia» hace unos días un destacado analista de la situación mundial al decir que «la teoría de que cuanto más intercambio, mejor para todos, empieza a levantar ampollas».

Con todo ello, para finalizar, la verdad es que no envidiamos a los economistas y a los políticos que han de defender tanto los intereses de sus conciudadanos como bregar para que unos textiles chinos, unos pollos brasileños o unas naranjas norteafricanas no irrumpan, sin más, en sus propios mercados...

